

EXPLICACION DEL TEXTO SOBRE LA RESURRECCION

El capítulo 20 del evangelio de Juan relata varias apariciones de Jesús resucitado a sus discípulos. A través de todas ellas se nos describe la progresiva profundización en la fe de los primeros testigos. Para ellos no fue fácil pasar del escándalo de la cruz a la fe en la resurrección. Les costó ver, comprender y creer. Pedro, María Magdalena o Tomás son ejemplos de lo que estaba ocurriendo en la comunidad cristiana tras la muerte de Jesús. Sus esperanzas frente a Jesús, el Mesías, habían quedado en la cruz y habían sido, con Él, sepultadas. En su oscuridad, buscaban una respuesta, y sólo con la presencia del Resucitado vieron la luz.

Vamos a acercarnos a una de esas experiencias de fe. Es la revelación de Jesús resucitado a María Magdalena.

Sabemos muy poco de esta mujer. Los evangelios la conocen por su lugar de origen: colocan detrás del nombre propio, María, la ciudad de la que provenía, Magdala, un lugar de Palestina situado a orillas del lago de Galilea. Lucas la presenta como aquella de la que Jesús "había echado siete demonios" (Le 8,2). Con esto quiere decir que había sido liberada por el Señor. Este encuentro la marcó de tal manera que se unió a su grupo de seguidores.

Algunos escritos de los primeros siglos del cristianismo y la tradición popular, han atribuido a esta figura un cierto liberalismo sexual y la han identificado con una prostituta, la misma, se dice, que ungió los pies del Señor (Jn 12,1-8 y par.). Pero por los evangelios sólo podemos deducir que fue una seguidora de Jesús a quien éste había cambiado la vida. Una mujer que se mantuvo fiel, incluso en la cruz, y que fue uno de los primeros testigos de la Resurrección. En el relato de Juan que meditamos en este encuentro, María Magdalena que, junto a otras mujeres, había estado a los pies de la cruz (Jn 19,25), se encuentra fuera del sepulcro, desolada, porque "se han llevado a mi señor y no sé dónde lo han puesto". María es prototipo la primera comunidad que no comprende el sentido de la muerte Jesús. Se encuentra desorientada, no sabe dónde está ni cómo encontrarlo. Su fe tiene que recorrer una nueva etapa. Y es curioso cómo presenta Juan este proceso de reconocimiento, de avance en la fe por parte de María. Lo hace salpicando el relato de rasgos que, tradicionalmente en nuestra cultura, se aplican a la mujer: llora, llega a reconocer afectivamente a Jesús no por la vista, sino por el oído, lo percibido por el corazón necesita tocarlo, y por último comunica aquello que ha experimentado.

Acerquémonos, desde aquí, al relato.

María está junto al sepulcro, llorando. Le unía con Jesús un gran afecto y le apena profundamente su pérdida. Está desconcertada, lamenta no encontrar el cadáver de quien tanto había amado. Busca la presencia física, el cuerpo de Jesús. Se asoma al sepulcro, pero a diferencia del discípulo amado que, tras asomarse, vio y creyó (Jn 20, María no sabe interpretar los signos. Luego ve un hombre, pero no puede reconocer en él a Jesús. Tampoco los discípulos lo reconocieron cuando se les presenta en la orilla del lago (Jn 21,4). María pregunta "...si te lo has llevado tú, dime dónde lo has puesto". Busca como los dos discípulos

de Juan Bautista buscaron a Jesús (Jn 1,37-39), o como la mujer del Cantar de los Cantares busca al amado (Cant 3,1-4), pero para ella todavía es de noche.

El tratamiento y el tono de voz de Jesús resucitado hacen que en María comience a amanecer. El lazo de comunión personal que se ha establecido entre ellos se despierta al oírse llamar: "María". La voz que pronuncia su nombre viene cargada de relaciones interpersonales, de cercanía, de cariño. Siente que en ella se ha cumplido aquella palabra: Jesús conoce a quienes le pertenecen, les llama por su nombre. Estos perciben su voz y le siguen (Jn 10,27).

Reconoce, por el oído, a Aquel a quien había mirado sin ver. Y le responde: "Maestro". Su fe aún no ha alcanzado la claridad de Tomás que exclama "Señor mío y Dios mío"(Jn 20,28). Para ella aún no ha amanecido totalmente. Pero de momento ha reencontrado vivo a Jesús. María pretende confirmar la verdad de la presencia de Jesús ante terrible realidad de la muerte que ha visto, y se abraza a Él. Pretende que su presencia junto a ella y los discípulos sea permanente, que todo vuelva a ser como antes. El Resucitado le hace entender que Él está vivo, que estará siempre presente, pero que esta presencia ya no será la misma: a partir de ahora se realizará por el don del Espíritu. Y este sólo podrá venir una vez que Jesús haya vuelto al Padre. Con el abrazo, María quiere quedarse con el Jesús de antes de Pascua. Pero el Resucitado con esas palabras que nos desconciertan y que las Biblias traducen por "No me retengas", "No me agarres", "No me toques", "No me abrases", está invitando a María a encontrarle vivo a través de una nueva presencia. Es como si le dijera: "No me quieras tener como me has tenido hasta ahora, con una presencia material, física. Soy el mismo pero he resucitado y no soy igual que antes".

En este encuentro Jesús revela otra cosa a María: el Padre de Jesús es también nuestro Padre. Si Jesús desde la cruz nos entregó a su madre como madre de todos, con la vuelta al Padre hará posible que el Padre del cielo, su Padre, sea también Padre de todos sus discípulos. En adelante, y gracias a su muerte y resurrección, el Dios que ha estado en relación constante con Él, entra en una relación semejante con los discípulos que, a partir de ahora, son hermanos de Jesús.

María comprende, ve la luz. Buscaba la presencia física de Jesús y ha descubierto una presencia nueva, personal, definitiva que nada, ni siquiera la muerte, le podrá arrebatar. Comenzó descubriendo al Jesús que amaba sólo por la voz, y lo ha reencontrado como Palabra que vive que la envía a "mis hermanos". Su misión es hacer visible a Jesús entre los discípulos. Por mandato del Resucitado es la primera misionera de la historia. Su testimonio, " ¡ He visto al Señor! ", habla de una fe adulta: ha pasado de mirar superficialmente a ver en profundidad, oír palabras a escuchar la voz desde el corazón, de palpar presencias físicas a encontrarse con una presencia que no muere.

Una vez más, el Señor le ha cambiado la vida. Su fe, también la nuestra, era un constante buscar y descubrir. Salió buscando a Jesús porque "no sabía dónde estaba", y encontró que Jesús está en el Padre y entre los suyos. Salió en busca del Amado, como la esposa del Cantar de los Cantares, y descubrió que el Amado le salía al encuentro, se dejaba hallar y la enviaba a formar un pueblo nuevo donde todos, hombres y mujeres, podemos ser hijos de Dios, hermanos de Jesús y hermanos unos de otros.

